DEL CARIBE AL ORINOCO

FRANCISCO TIAPA

COLECCIÓN
LA PATRIA ES EL HOMBRE

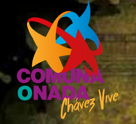
DEL CARIBE AL ORINOCO

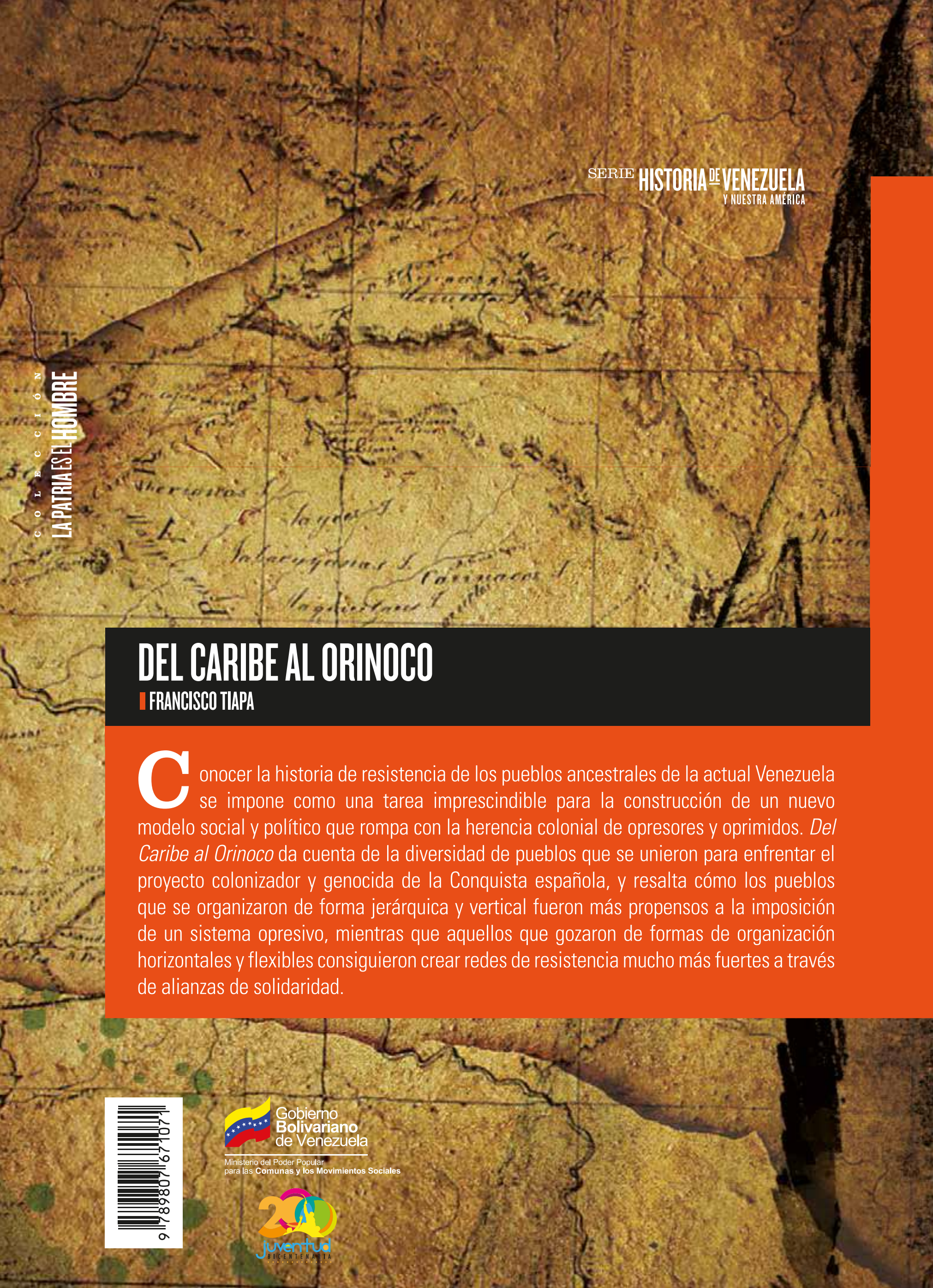
Alianzas y redes indígenas como respuesta al capitalismo colonial

FRANCISCO TIAPA









DEL CARIBE AL ORINOCO

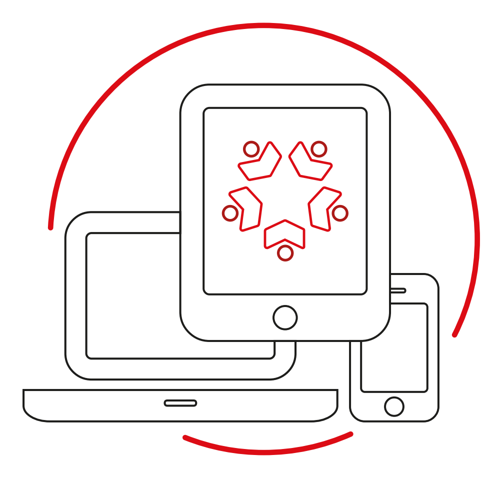
FRANCISCO TIAPA

Conocer la historia de resistencia de los pueblos ancestrales de la actual Venezuela se impone como una tarea imprescindible para la construcción de un nuevo modelo social y político que rompa con la herencia colonial de opresores y oprimidos. *Del Caribe al Orinoco* da cuenta de la diversidad de pueblos que se unieron para enfrentar el proyecto colonizador y genocida de la Conquista española, y resalta cómo los pueblos que se organizaron de forma jerárquica y vertical fueron más propensos a la imposición de un sistema opresivo, mientras que aquellos que gozaron de formas de organización horizontales y flexibles consiguieron crear redes de resistencia mucho más fuertes a través de alianzas de solidaridad.

9 789807 671071

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales

200 Juventud Bicentenaria





COLECCIÓN
LA PATRIA ES EL HOMBRE

DEL CARIBE AL ORINOCO

Alianzas y redes indígenas como respuesta al capitalismo colonial

FRANCISCO TIAPA



Ministerio del Poder Popular
para las **Comunas y los Movimientos Sociales**





COLECCIÓN
LA PATRIA ES EL HOMBRE

Somos el Caribe contestatario, el África combativa, mujeres y hombres forjadores de luchas, resistencias, insurgencias y solidaridades. El cantor del pueblo Alí Primera nos deja un verso eterno: «La patria es el hombre, muchacho». La patria es la mujer y el hombre constructores de la Revolución Bolivariana, quienes decantan la historia revirtiendo la imposición del lenguaje opresor y rescatan la identidad de Nuestra América.

La colección **LA PATRIA ES EL HOMBRE** abre brechas para debates y reflexiones a la luz del pensamiento crítico venezolano, caribeño, latinoamericano y del mundo, con el fin de construir el Estado Comunal, tanto en su concepción ideológica como en su materialización en la sociedad.

La serie **HISTORIA DE VENEZUELA Y NUESTRA AMÉRICA** propone una nueva mirada sobre los acontecimientos sociopolíticos, económicos y culturales ocurridos en el continente, que han sido invisibilizados y manipulados por las clases dominantes. La intención es brindar herramientas al pueblo organizado para reforzar su realidad como sujeto histórico, comprendiendo la importancia de los procesos venezolanos dentro de la memoria nuestramericana.

SERIE HISTORIA DE VENEZUELA Y NUESTRA AMÉRICA

MINISTERIO DEL PODER POPULAR
PARA LAS COMUNAS Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES



Francisco Tiapa

DEL CARIBE AL ORINOCO
Alianzas y redes indígenas como respuesta al capitalismo colonial

Investigación a cargo de Comando Creativo

ISBN 978-980-7671-07-1
Depósito Legal lf48620143201721

1.ª edición: Venezuela-Caracas, julio, 2014

Dirección: Avenida Nueva Granada, edificio anexo Inces, municipio bolivariano Libertador, Caracas, Venezuela

Email: editorialestrellaroja@gmail.com
Twitter: @LaEstrellaRoja5
Facebook: facebook.com/EditorialLaEstrellaRoja

Edición
María Virginia Guevara

Corrección
Alfredo Canale
Vanesa González

Diagramación
Mayermis Pérez
Sthephany Domínguez

Diseño de la colección
Editorial La Estrella Roja

Diseño de portada
Sthephany Domínguez

ÍNDICE



NOTA EDITORIAL

La Editorial La Estrella Roja, sumándose a las luchas reivindicativas de nuestros pueblos ancestrales, ha procurado en esta edición atender ciertos detalles desde el punto de vista lingüístico y conceptual. Como la preservación de nuestra diversidad cultural y lingüística es una importante batalla, en esta edición se intentó equilibrar tanto la preeminencia de la esencialidad de las lenguas indígenas como los resultados del arduo trabajo hecho por antropólogos y antropólogas con las distintas lenguas que existen en nuestro país.

Una de las consideraciones y criterios que se aplicó para ediciones vinculadas a los saberes ancestrales fue conservar los gentilicios de los pueblos originarios en singular y en minúscula[*], por ejemplo: los kariña, yanomami, warao, barí, pemón, yukpa, baré, yekuana, baniva, etc; ya que la pluralización de dichos gentilicios proviene de la asimilación fonética –o hispanización– de las diversas lenguas ancestrales, lo cual no forma parte de la oralidad indígena, de sus formas lingüísticas ni de sus culturas. Sólo cuando el etnónimo original –gentilicio de un grupo étnico determinado– se ha perdido en el proceso de colonización, se conserva la pluralización (Caribes,

(*) La minúscula se debe a que no decimos, por ejemplo, los «Venezolanos», los «Bolivianos», etc.; pues si se hace un uso de la mayúscula en los gentilicios con la intención de «reivindicar», se genera desde la semántica una contradicción, ya que se estaría asumiendo posturas condescendientes.

gayones, etc.); ya que en estos casos el término resulta de una interpretación que la lengua española hizo al momento del contacto.

Por otro lado, tenemos las voces Arawak, Caribe, Chibcha y Sáliva, que se mantendrán en altas por no tratarse de gentilicios particulares, sino de complejos culturales y lingüísticos que aglutinan –y de los cuales derivan– una serie de pueblos con lengua y ubicación geográfica específica.

Otro criterio fue la eliminación del apostrofo (') en «kari'ña», debido a que se trata de una transcripción fonética que sugiere la aspiración antes de la sílaba «ña», propia de la lengua kariña y otras lenguas. Nuestro propósito, ciertamente, es no alterar ningún aspecto de las costumbres y saberes indígenas, pero también se apuesta por la llanura de las palabras que van a ser leídas por los criollos, para que la lectura sea más accesible y conectiva.

DEL CARIBE AL ORINOCO, EL GRAN EJE DE LAS RESISTENCIAS

PRESENTACIÓN

En tiempos de cambio –cuando se trata de una auténtica revolución–, el empoderamiento de la gente, su capacidad de autodeterminación y autorregulación, la capacidad de ser libres y de tomar en sus propias manos el control de sus destinos son los elementos esenciales para lograr que la transformación de la sociedad se haga irreversible. Lenin habló de la «disolución del Estado». Si bien los «Sóviets» –aquellos comités que harían de intermediarios entre el poder estadal y el pueblo– deberían ser inclusivos y permitir a más personas el acceso a las funciones vitales para la organización social como la administración, contraloría, legislación, etc.; estos últimamente habrían de volverse innecesarios, producto de la misma tarea de formación de la gente para la autogestión y la colaboración orgánica.

Todo esto suena muy utópico, y aun podríamos preguntarnos: ¿qué tienen que ver las teorías para el cambio social con un libro que nos habla sobre la historia de nuestros pueblos ancestrales, para el momento del contacto y los años subsiguientes? Lo cierto es que no podemos operar el cambio de una sociedad «global», regida por una cultura dominante etnocéntrica y neoliberal, a una sociedad

organizada y dirigida desde las bases, sin trabajar aspectos históricos reveladores de nuestras identidades contemporáneas, que ayuden a salvar las diferencias entre hombres y mujeres distintos; enseñándoles a cooperar con intereses comunes por encima de los individuales.

La lección que quizá debemos tener más en cuenta, en esta edición, es la capacidad de nuestros pueblos ancestrales –grupos de distinta cultura y espiritualidad– de sobrepasar sus diferencias para colaborar unidos por un fin común: resistir a la explotación, el genocidio y la homogenización cultural de la colonia. Podemos ver claramente en este texto de Francisco Tiapa cómo pueblos de diferentes regiones, lenguas y cosmovisiones –que pudieron rivalizar en el pasado– lograron organizarse colectivamente para hacer la guerra en contra de la colonia española. Fueron conflictos que duraron más de un siglo, pugnas en las cuales los españoles –sólo por la envergadura de su empresa conquistadora, sus armas de fuego y el número de sus legiones– pudieron vencer.

Sin embargo, hubo resguardos, lugares remotos e inalcanzables para los europeos. El conocimiento de la topografía, los recursos naturales y el chamanismo indígena hicieron de la colonización una tarea ardua y difícil que duraría muchas décadas. Aun cuando la mayoría de la población fue criollizada, buena parte de las culturas originarias resistieron hasta hoy en día, lo que ha dado lugar a uno de los mayores patrimonios de Latinoamérica: nuestra gran diversidad cultural y étnica.

Deseamos que estas anécdotas –estas aproximaciones etnohistóricas– inspiren a los y las ciudadanas, a comuneros y comuneras, a trascender diferencias superficiales y estrechar lazos comunes de compromiso revolucionario. Si bien en una comuna pueden compartirse rasgos culturales, éste no siempre es el caso, y lo que más debe importarnos son las mejoras de vida integrales para todas y todos. La proximidad geográfica y la confrontación vital con los problemas inmediatos de la vida cotidiana son más que suficientes para que las personas se unifiquen en el trabajo por el bien común.

Esta horizontalidad y colaboración orgánica es la fuerza que está en la unión y algo que en nada le interesa a la cultura globalizadora y su modelo depredador, que no promueve la libertad y la independencia de los pueblos, sino «las libertades individuales»: el interés personal por encima del bien común.



EUROCENTRISMO Y DOMINACIÓN CAPITALISTA COLONIAL

La construcción del orden global contemporáneo comenzó con la conquista y colonización de los pueblos que habitaban el territorio que actualmente llamamos América. Desde esa coyuntura histórica hasta el presente, se han sucedido diversas fases de un largo proceso de construcción de la dominación colonial, poscolonial y neocolonial de los europeos y sus descendientes culturales sobre el resto de las sociedades del planeta, mediante la imposición del modelo de vida del capitalismo. Tal proceso ha trascendido los límites de las conciencias históricas y ha llegado a crear la imagen de que las únicas formas de vida posibles en colectivo son aquellas que crea e impone el patrón de pensamiento eurocéntrico y capitalista. Este modo de ver el mundo parte del principio de que las formas de pensar la cultura, la política, la economía y la religión son aquellas que las sociedades europeas industrializadas piensan; además de que se autoatribuyen la potestad de aprobar o desaprobar aquellas que hayan sido creadas por otros pueblos.

Desde este discurso hegemónico, el resto de las culturas del mundo están condenadas a desaparecer, bien sea porque se les considera inferiores e inviables, o bien porque se piensa que son atrasadas y por lo tanto deben ser ayudadas por la benevolencia de la «cultura superior». Para el colonialismo, y aquellos que lo legitiman, esta cultura lleva a cuestas la llamada «carga del hombre blanco», para referirse a la supuesta obligación que tienen las «razas superiores» de llevar, por las buenas o por las malas, a los habitantes del resto del mundo por el camino de lo que afirman es el «progreso».

Al trascender los límites de las conciencias, quienes legitiman al colonialismo lo presentan como si fuese el resultado «natural» de una historia que no tiene ninguna relación con las voluntades humanas, de modo que se hace creer que este orden es incuestionable, como serían incuestionables las leyes de la naturaleza. Esta naturalización de la arbitrariedad histórica del eurocentrismo tiene la eficacia política de censurar cualquier cuestionamiento, y de cerrar la puerta a cualquier posible intento de construcción de un orden

alternativo al impuesto por los descendientes culturales de los colonizadores. De esta forma, las condiciones actuales de desigualdad social, de invasiones y represiones de potencias poderosas sobre países más débiles, de enajenación de la fuerza de trabajo de millones de personas y de destrucción y explotación ilimitada del medio ambiente, serían vistas como el resultado de un proceso imparable y con una trayectoria preestablecida por una inercia que trasciende a las personas mismas. Este recurso ideológico permite ocultar el hecho de que el orden global es el resultado de proyectos de dominación del pasado, que se sostiene con los proyectos de dominación del presente y que a su vez son coherentes con aquellos que las clases hegemónicas del mundo piensan que es el «deber ser» de una sociedad. En esto se centra el discurso del eurocentrismo, como principal manto ideológico de la imposición del capitalismo como el patrón cultural hegemónico que trasciende los linderos de la economía y la política, para abarcar todos los ámbitos de las culturas del mundo.

Uno de los principales recursos discursivos de la dominación capitalista colonial ha sido la propia negación de su existencia, y cuando tal negación no es posible, el desplazamiento de su importancia para dar cuenta del origen y sostenimiento del sistema capitalista global. Para el eurocentrismo, el surgimiento de la llamada modernidad y, dentro de ésta, del capitalismo, responde a dinámicas surgidas y desarrolladas dentro de Europa y los Estados Unidos, donde se ha creado una imagen de pueblos emprendedores, cuyo esfuerzo permitió construir sistemas económicos y políticos que no tuvieron otra opción que extenderse a otras regiones del mundo para buscar recursos naturales. De esta manera, se oculta la importancia que ha tenido la invasión y explotación de los territorios de América, África y Asia, para la construcción de un orden en el que la riqueza de unos se ha construido gracias al saqueo y explotación de otros.

La historia de los pueblos indígenas del continente americano ha sido un largo proceso de múltiples formas de resistencia y búsqueda de supervivencia ante la imposición colonial comenzada hace cinco siglos y con plena vigencia en el presente. Para entender

esta historia, es necesario partir del principio de que no se trata de una sola historia con una linealidad preestablecida, sino que se trata de múltiples historias donde las organizaciones sociales y los contenidos culturales de una gran heterogeneidad de pueblos originarios se han visto confrontados con una amplia gama, no menos compleja, de formas de explotación y dominación cultural, variables en tiempo y espacio.

Para la historia del continente latinoamericano, la última década se ha caracterizado por una coyuntura de transformaciones estructurales con pocos precedentes en el pasado. Contrariamente a lo impuesto por las ideologías dominantes que predican el «fin de la historia», la muerte de las ideologías y el triunfo del libre mercado, en los últimos diez años los pueblos latinoamericanos han impulsado procesos políticos orientados hacia la construcción de sus propios proyectos de futuro, a partir de la creación de nuevas formas de relacionarse con las estructuras de sus Estados nacionales. En este contexto, vale la pena revisar las experiencias de innovación organizativa creadas e impulsadas por las primeras sociedades en oponerse a la expansión capitalista colonial, como una manera de dar cuenta de que las dinámicas de relaciones de poder del mundo contemporáneo forman parte de una continuidad histórica que ha reproducido una pugna constante entre las imposiciones hegemónicas, creadas a lo interno de las sociedades culturalmente herederas de los europeos, y las resistencias subalternas del resto de las poblaciones del mundo.



DOMINACIÓN EUROCÉNTRICA Y RESISTENCIA INDÍGENA EN LA VENEZUELA COLONIAL

Desde sus mismos orígenes, el orden colonial impuesto sobre los pueblos de América encontró fuertes resistencias, por parte de aquellos que se negaron a ser sometidos a las voluntades de las altas jerarquías de la Corona española y la Iglesia católica. Las poblaciones indígenas, de origen africano y criollas siempre respondieron, de diversas maneras, contra las estructuras hegemónicas traídas desde los centros de poder colonial. Antes de la gran revolución puesta en práctica por la Guerra de Independencia, los pueblos indígenas tuvieron muchas formas de oponerse a los sistemas de explotación de mano de obra y de homogeneización cultural representados por las misiones, las encomiendas, las plantaciones, los hatos y las minas.

Las primeras acciones de resistencia a la colonización comenzaron desde el mismo momento de la llegada de los europeos al actual territorio venezolano, cuando las sociedades indígenas que lo habitaban tenían formas de organización social y política radicalmente distintas a las conocidas hasta ese momento por el naciente capitalismo colonial. Entre la multiplicidad de etnias que habitaban este territorio, sobresalieron en términos numéricos los pueblos de las filiaciones lingüísticas Chibcha, Arawak, Caribe y Sáliva, además de numerosos grupos étnicos de lenguas independientes que descendían de los primeros pobladores de estas tierras. A pesar de las diferencias, estas culturas estaban conectadas por medio de articulaciones comerciales, junto a las que se hallaban las alianzas políticas entre las comunidades y entre los pueblos indígenas enteros. Localidades que en sus cotidianidades y en condiciones normales eran independientes en cuanto a la toma de decisiones, pero que en momentos coyunturales se unificaban para responder a circunstancias adversas.

Desde el momento de su llegada a América, el Imperio español buscó romper con los liderazgos de los pueblos indígenas, para poder subyugar a sus seguidores y hacerlos esclavos de la Corona y de la Iglesia. En México se acabó con los emperadores aztecas y en Los

Andes con el reinado de los Incas. De ese modo, aun cuando en estas regiones hubo una encarnizada resistencia, todos los habitantes de los vastos territorios de estos reinos, al no tener otros liderazgos, se vieron obligados a seguir a la autoridad colonialista. Sin embargo, hubo otras formas culturales de entender los liderazgos que permitieron que pueblos enteros lograran resistir durante siglos al avance del naciente Imperio. Paradójicamente, mientras más alcance tenía el poder de los liderazgos indígenas, más efectiva fue la conquista, pues las estructuras sociales verticales condicionaron la predisposición al establecimiento de un nuevo sistema de subyugación, también vertical.

No obstante, en las regiones donde la estructura de poder tendió hacia la horizontalidad, los europeos no pudieron disgregar las articulaciones sociopolíticas ya que en comparación con las grandes civilizaciones mesoamericana y andina, fue posible la organización de sistemas políticos dinámicos y cambiantes, susceptibles de acoplarse a circunstancias adversas. De este modo, los grandes Imperios inca y azteca, al estar organizados en una estructura vertical de amplio espectro, se acoplaron menos entre sí a las nuevas circunstancias que las sociedades de menor escala, organizadas horizontalmente sobre redes de cooperación interétnica.

LAS ORGANIZACIONES SOCIOPOLÍTICAS DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS DE VENEZUELA A LA LLEGADA DE LOS EUROPEOS

Con la llegada de los europeos a las costas de la actual Venezuela, el territorio se hallaba poblado por una gran diversidad étnica y cultural que trasciende los límites de lo imaginable para alguien que vive en el presente. Hacia la Costa Occidental, estaban los pueblos de lengua Arawak; hacia Los Andes, la amplia diversidad de etnias de habla Chibcha; en el Orinoco y Guayana, era patente el predominio de la lengua de los Caribes, junto a otras etnias de una presencia más antigua, como los warao y los pumé; hacia la Amazonía, los Caribes y Arawak compartían territorios con los Sáliva y los yanomami.



Cada una de estas denominaciones representaba a familias lingüísticas que tenían una gran diversidad étnica. Así, por ejemplo, dentro de la familia lingüística Caribe estaban los cumanagoto, chaima, yekwana y kariña, mientras que en la familia Arawak estaban los caquetíos, jirajara, ayamanes, gayones, coyones, wayuu, kurripako, achagua, baré, piapoko, puinavi y warekena, entre otros, y lo mismo ocurría dentro de otras familias como la Chibcha o la Sáliva.

Estas sociedades tuvieron entre sí grandes diferencias culturales que también se expresaron en sistemas sociopolíticos distintos entre ellos. Por ejemplo, los pueblos que habitaban la región andina, mayoritariamente de filiación lingüística Chibcha y en parte Arawak, tuvieron tendencias hacia la centralización de grupos étnicos enteros alrededor de la figura de los mohanes, que fueron líderes chamánicos con facultades de guerreros. Esto contrastó con las sociedades Sáliva y de filiaciones independientes, que habitaban la cuenca del Orinoco y la Amazonía, con unidades políticas altamente descentralizadas e independientes entre sí, que tenían como principal forma de cohesión étnica las relaciones de parentesco y los intercambios comerciales. Una parte importantede los pueblos de este conjunto logró sobrevivir

a la brutalidad de la conquista y están representados por los actuales habitantes de Guayana, el Amazonas y el sur de Los Llanos.

Más allá de las diferencias y los contrastes entre las distintas etnias, hubo importantes elementos en común. En términos políticos, aun cuando hubo pueblos con líderes que los dirigían, las comunidades tenían una gran capacidad de autonomía y de ejercicio del poder desde los ámbitos locales. Esto permitía que el principal sujeto de la organización fuera el colectivo y que su principal base de identidad fueran las comunidades. Tal autonomía y capacidad de toma de decisiones en el interior de las comunidades fue interdependiente de la cohesión de pueblos enteros o de conjuntos de etnias diferentes en un amplio espectro territorial. Entre las localidades, pueblos y etnias completas mantenían su articulación por medio de economías basadas en la reciprocidad y el intercambio. En muchos casos, la reciprocidad fue extensiva a los ámbitos de las relaciones entre etnias diferentes. Ese principio de reciprocidad se basaba en formas de cooperación que consistían en dar a los vecinos, sin el interés de recibir nada a cambio de inmediato, pues eso garantizaba que en el futuro



ese vecino también cooperaría sin exigir retribuciones materiales. En otros casos, el intercambio sí exigía la retribución inmediata, de manera que las mercancías eran cambiadas por sus equivalentes en valor. De este modo, los intercambios comerciales no estaban dirigidos a la acumulación de grandes capitales derivados del beneficio económico, sino que estaban insertos en toda una red de relaciones rituales, familiares y políticas, en las que el comercio en sí era sólo un elemento más, entre muchos otros, para establecer vínculos y cohesiones colectivas.

Junto a las articulaciones comerciales, se hallaban las alianzas políticas entre las comunidades y entre los pueblos indígenas. Un ejemplo de una organización política es el caso Caribe, entre los que se cuentan etnias con diversos nombres como los cumanagoto, píritu, chaima, paria, palenques, tamanaco, yekwana, arekuna, taurepang, caracas, kalipona, gálibis, eñepa, mapoyo y kariña. Sus liderazgos, en épocas de paz, abarcaban sólo los espacios de la comunidades, las que se hallaban repartidas en un territorio de una gran extensión, que abarcaba toda la cuenca del Orinoco, la Guayana, Los Llanos, la Costa Oriental, las Antillas Menores y lo que hoy son Guyana y Surinam. Esta área geopolítica indígena era compartida con otros pueblos, con quienes comerciaban y eventualmente tenían guerras. En este amplio espectro espacial las decisiones se tomaban desde los ámbitos de las comunidades, y se mantenía la unificación entre ellas. De esta manera, la cohesión interna de las comunidades, en un primer nivel, permitió el fortalecimiento de relaciones entre ellas y, en un segundo nivel, entre grupos étnicos diferentes que formaban una misma familia lingüística.



GUERRAS, ESCLAVITUD Y COMIENZOS DE LA CONQUISTA TERRITORIAL

La conquista de nuestro territorio fue una de las más tempranas del continente llamado América por los europeos. Desde la última década del siglo XV, en las costas orientales de tierra firme había presencia de exploradores españoles en busca de oro, perlas y esclavos. Hacia 1505 la isla de Cubagua fue el escenario de los primeros campamentos para la extracción de perlas, las que se podían obtener únicamente por medio de las habilidades de los indígenas guaiqueríes, quienes se sumergían bajo el agua por tiempos prolongados. Estos indígenas fueron los primeros en ser testigos de la brutalidad del colonialismo, pues los españoles establecieron con ellos relaciones en las que, por un lado, hacían alianzas y prometían no atacarlos, pero, por el otro, los insertaban en un sistema esclavista de explotación extrema, y si a los indígenas se les ocurría resistirse, se iniciaban campañas represivas, en las que se atacaban las comunidades asentadas en el área de acción de los enclaves europeos. En estas campañas, esos primeros invasores violaban sus propios acuerdos de alianzas, traicionando a las comunidades que accedían a tener tratos pacíficos con ellos y esclavizando a los sobrevivientes de las masacres.

Sobre la base del panorama violento configurado en las primeras décadas del siglo XVI, en el transcurso de las siguientes décadas

comenzaron las expediciones de conquista y de exploración en la búsqueda de un mito: El Dorado, que según el imaginario colonial se encontraba en algún lugar de la actual Amazonía. Estas expediciones incursionaron en el río Orinoco, por distintas vías, y a su paso atacaban a las comunidades que se resistían, e imponían sumisión y obediencia a las que accedían a tener tratos pacíficos con ellos. Esto fue posible gracias a que su equipamiento contaba con armas que, para ese momento, eran desconocidas por los habitantes de este territorio, no porque fuesen sociedades más simples, sino porque la historia de su desarrollo cultural no tuvo como prioridad la creación de máquinas de destrucción, lo que sí fue y ha sido importante para las culturas europeas. Sin embargo, estas supuestas «ventajas» tecnológicas no pudieron suplir la ignorancia de los conquistadores en relación con el territorio y el medio ambiente en el que trataban de incursionar, ni su incomprensión de la complejidad organizativa de las poblaciones nativas. Sin excepción, todas las expediciones de conquista territorial y de búsqueda de El Dorado se perdieron y sólo pudieron dejar algunos enclaves armados a la orilla del gran río. Las tierras que se querían conquistar eran tan radicalmente diferentes a lo conocido por las sociedades occidentales hasta ese momento, con nuevos medios ambientes,

con nuevas formas de plantas y de animales, que ello dificultó su capacidad de movimiento y de adaptación.

Por otro lado, gracias a las articulaciones entre comunidades de las mismas etnias o entre etnias diferentes, se llegaron a formar redes de cooperación para la guerra que iban más allá de los limitados ámbitos perceptivos de los españoles, por lo que sus grandes armadas, aunque les permitían imponerse sobre comunidades particulares, les impedían abarcar el amplio alcance de estas redes interétnicas para la resistencia. En otro escenario, hacia el Occidente del país, las primeras entradas de conquista sobre las poblaciones Arawak que lo habitaban fueron llevadas a cabo por los Welser, una familia de banqueros alemanes cuya presencia en la región de Coro fue notablemente sangrienta. Hacia Los Andes, la conquista fue impulsada desde la región de la Nueva Granada, con su centro geopolítico en la recién fundada población de Pamplona. Hacia Oriente y Guayana, la obsesión de los conquistadores continuó siendo la exploración del río Orinoco, para buscar un camino a las tierras de las que hablaban los relatos sobre ciudades bañadas en oro.

El interés de los colonizadores estaba dirigido a la conquista territorial, a la extracción de minerales y plantas, así como a la explotación de la mano de obra indígena por vía de la esclavitud. La obtención de esclavos estaba justificada por medio de la llamada «guerra justa», según la cuál todos aquellos habitantes que no se sometiesen a los conquistadores tenían que sufrir las consecuencias de una guerra punitiva para condenar a los sobrevivientes a trabajos forzados en minas y plantaciones hasta el momento de su muerte. La captura de esclavos también se hacía por medio de la promoción de guerras interétnicas, por parte de los españoles. En el transcurso, y después de concluidas estas guerras, los prisioneros terminaban cambiados por armas de fuego o artefactos de hierro que los indígenas no poseían. También en estos casos, los europeos terminaban por violar los acuerdos de alianzas y atacaban indiscriminadamente a sus propios colaboradores. Esta falta de fiabilidad de los colonizadores pronto generó respuestas contundentes por parte de las sociedades indígenas de las costas del mar Caribe.

LA RESISTENCIA CARIBE

Las reacciones y resultados por parte de las poblaciones indígenas fueron heterogéneas, pues efectivamente hubo casos en que los españoles lograron promover las rivalidades entre pueblos diferentes, para de esa manera poder fragmentar las resistencias y así lograr las supresiones políticas. Éste fue el caso de la promoción de las rivalidades y enemistades entre algunas etnias pertenecientes a la familia lingüística Arawak y a la familia lingüística Caribe. Para crear la enemistad entre ellos, se hizo creer que los Arawak eran aliados de los españoles, proveyéndolos de armas para atacar a los Caribes, a quienes se les acusaba de ser caníbales. La contradicción estuvo en que los indígenas que establecían alianzas con los españoles terminaban siendo sometidos al sistema de explotación esclavista, en el que perdían su autonomía política y cultural, con sistemas económicos fragmentados; al cabo de varias generaciones su condición no se diferenciaba de la de cualquier otro pueblo esclavizado.

Sin embargo, las alianzas entre poblaciones indígenas permitieron que las resistencias fuesen más efectivas que las agresiones colonialistas. Dado que los Caribes estaban constituidos por una gran diversidad de etnias repartidas en un territorio extenso sobre el que tuvieron control a lo largo de tres siglos, pudieron derrotar en distintas ocasiones a los europeos y sus aliados. Aunque en sus organizaciones internas la verdadera autoridad de sus líderes llegaba hasta los límites de la comunidad, en momentos de guerras de gran envergadura, grandes grupos de comunidades se unificaban en redes de resistencias.

En el Oriente y el Orinoco, las redes de asociaciones para el comercio interétnico, lideradas por los Caribes, se convirtieron en grandes sistemas de alianzas para la guerra que tuvieron alcances geográficos que trascendieron las capacidades de los españoles, pues articularon regiones tan distantes como la Amazonía y las Antillas Menores. La unificación de las etnias Caribes se había iniciado desde el comienzo de la invasión europea en el siglo XVI. A esto lograron resistir durante más de doscientos años debido a lo

sofisticado de sus organizaciones, muy diferente a la manera de pensar la política y la sociedad en los sistemas feudales y capitalistas, dominados por el poder de la Iglesia y de la nobleza. Durante este siglo, los españoles emprendieron las primeras embestidas de conquista que, sumadas a las que iban en búsqueda de El Dorado, también se arrojaron sobre el Valle de Los Caracas, la región del río Unare (en la Costa Oriental), Los Llanos y todo el litoral que hasta la zona del actual estado Aragua estaba poblada por etnias Caribes. En cada incursión de conquista, los españoles pensaron que se encontraban con comunidades pequeñas y aisladas, pues no se parecían a las ciudades de las que ellos provenían o las que ya habían conquistado en Mesoamérica y Los Andes. Sin embargo, en la década de 1580 estas comunidades hicieron la primera gran alianza que unificó a sus habitantes para defenderse de las tropas de Losada en Caracas, de Serpa en Oriente y de los esclavistas que entraban al Orinoco. En esta alianza, actuaron de manera coordinada los indígenas del Centro, el Oriente, el Orinoco y las Antillas Menores. Aunque los españoles lograron conquistar Caracas, no lo lograron con el resto de los territorios indígenas, pues sus comunidades estuvieron siempre articuladas, y su carácter autónomo e interdependiente les permitió reestructurarse.

Entre este período y la mitad del siglo XVII, la región circundante al río Unare, en el Oriente del país, fue el escenario de uno de los primeros grandes movimientos de resistencia indígena contra la conquista española. Simultáneamente a la fuerte resistencia que se había organizado en el Valle de Caracas bajo el mando del cacique Guaicaipuro, los cumanagoto, chacopata, píritu, caracare y guarino (palenques) organizaron una de las luchas de mayor duración en nuestra historia colonial, que en el presente da cuenta del alcance de la organización subalterna ante los embates del imperialismo. Después de varias décadas de intentos de conquista y de incursiones para capturar esclavos, en la década de 1560 los colonizadores españoles iniciaron una serie de entradas de conquista territorial de gran envergadura que se prolongaron durante más de cinco décadas, a pesar del alcance de sus recursos militares. Los primeros intentos

de dominación violenta por parte de los españoles dieron lugar a la conformación de una alianza entre los pueblos indígenas que iban desde la costa de Cumaná hasta la de Píritu, liderada por el mestizo Barrasa, del que los españoles decían que había sido

> [...] criado [durante] muchos años en la [isla de] Margarita, y bien conocido de todos los de esa isla. Este Barrasa venía vestido con un saco de malla, un casco en la cabeza y un arcabuz al hombro. Regía y gobernaba y era obedecido como general. [...] animaba con voces a los indios al combate. Subíase a los árboles para descubrir y flechar desde lo alto a los cristianos que estaban detrás de algunas flacas defensas.

Después de largos combates, en que los indígenas tuvieron sitiada a Cumaná, Barrasa murió por causa de un disparo de los españoles. Sin embargo, la gran alianza se mantuvo, de la misma manera que los colonialistas continuaron con sus ofensivas. La muerte de Barrasa ocurrió en 1569, y los ataques de los Cumanagotos a los asentamientos de los españoles continuaron hasta 1573. La continuación del liderazgo de Barrasa fue llevada a cabo por el gran cacique Cayaurima, quien unificó a los cumanagoto, chacopata, core y chaima de los ríos Unare y Neverí. Los intentos de conquista continuaron y motivaron las alianzas hasta mediados del siglo XVII. El legado de Barrasa tuvo herederos históricos como la cacica Magdalena, de la etnia palenque, quien en 1622, a causa de una incursión proveniente desde Caracas –que capturó al cacique Piasguare y asentó un enclave en las orillas del río Unare– organizó una rebelión que se extendió desde los ríos Güere, Unare y Aragua hasta la costa, unificando a los palenques, caracare, píritu, core y cumanagoto. La rebelión fue tan fuerte que obligó a los españoles nuevamente a retirarse y a refugiarse en lo que hoy es Barcelona, sin que sus pretensiones de conquista territorial pudiesen cristalizarse. Estos episodios de nuestra historia insurgente demuestran que es posible enfrentar la violencia del colonialismo de múltiples formas. La dominación ideológica, cultural y discursiva que se extiende hasta nuestros días necesitó –y aún necesita– de la violencia física

que desde hace quinientos años ha contado con grandes recursos y armamentos. Sin embargo, las alianzas y la unidad de los pueblos en resistencia han sido fundamentales para un éxito mayor, sobre la base de organizaciones populares acordes con nuestra propia historia y cultura.



REGÍMENES DE EXPLOTACIÓN DE LA MANO DE OBRA Y CONQUISTA CULTURAL

En las regiones de la costa y Los Andes, el impacto de la conquista fue mucho más fuerte; después de casi un siglo de resistencia exitosa, los europeos lograron asentarse sobre centros poblacionales como Caracas, Maracaibo, Coro y Mérida. Entre finales del siglo XVI y el transcurso del siglo XVII, se implantó el régimen de las Encomiendas, como una forma de explotación de la mano de obra indígena, acompañada de los primeros proyectos de imposición del orden colonial. Las Encomiendas fueron una forma de esclavitud jurídicamente justificada, pero fracasada en términos de su capacidad de homogeneización cultural. Los «encomenderos», líderes y partícipes de las expediciones de conquista, recibían como recompensa a un conjunto de comunidades indígenas, con sus tierras, para hacerlos trabajar en plantaciones y minas. A cambio de esta legitimación de la conquista, estos colonizadores estaban en la obligación de imponer la religión cristiana a los indígenas, coherentemente con los intereses de la Corona. Sin embargo, el interés de estos primeros latifundistas estaba centrado en la explotación de la mano de obra en forma ilimitada y no en la imposición de la aculturación (recepción y asimilación de elementos culturales de un grupo humano por parte de otro), lo que permitió a los indígenas la reproducción histórica de sus costumbres, creencias y, por lo tanto, de sus construcciones de identidad para la resistencia.

A pesar de la fuerza empleada en las pocas regiones donde los españoles pudieron emplazarse a lo largo del siglo XVI, para los planes de colonización fue cada vez más evidente que los liderazgos indígenas estaban basados en el poder ejercido por los chamanes –sabios y líderes espirituales– que también fungían como ejes de cohesión de identidad y, por lo tanto, de impulso para las alianzas bélicas. Fue así como, para la dominación política de las poblaciones indígenas, también fue fundamental la dominación cultural. De esta manera, hacia mediados del siglo XVII, comienzan las incursiones de los misioneros, acompañadas de amplios contingentes armados de milicias de españoles y de criollos, a los territorios parcialmente conquistados –como Los

Andes– y hacia las grandes regiones que no habían podido ser sometidas, como Los Llanos, Oriente y Guayana.

Los misioneros combinaban las negociaciones con amenazas de represión a comunidades específicas, a las que obligaban a trasladarse a los sitios escogidos para establecer las misiones, que en la práctica terminaban siendo campos de concentración, supresión cultural y explotación de la mano de obra. En principio, el trabajo indígena era aprovechado por los misioneros, para hacer sus plantaciones, hatos, construcciones y al cabo de una o dos generaciones, usar a sus habitantes como tropas para continuar con nuevas conquistas. Según lo establecido por la legislación colonial, al cabo de veinte años las misiones tenían que convertirse en «pueblos de doctrina»[1] y pasar a ser regidos por los llamados «corregidores»[2], que continuaban el trabajo de imposición cultural comenzado por los misioneros, pero con mayor potestad para la represión violenta y para obligar a los indígenas a trabajar en las haciendas y hatos que progresivamente se iban estableciendo alrededor de las misiones. De este modo, las tierras que históricamente pertenecieron a los indígenas eran tomadas por los españoles que formaron el germen de los latifundios, para quienes, además, los indígenas se veían en la obligación de trabajar.

(1) Los pueblos de doctrina fueron aldeas de indígenas –a veces ubicadas en lugares distintos de los asentamientos ancestrales originales, otras in situ– que existieron durante la colonización española de América. La Corona española ideó esta forma de organización para optimizar el cobro de tributos, tener más control e incrementar el proceso de aculturación de la población subyugada, a través de la evangelización. Los pueblos de doctrina también garantizaron a la colonia mayores concentraciones de mano de obra.

(2) Corregidor era un cargo administrativo y judicial en España y su imperio. El corregidor era el representante de la jurisdicción real sobre provincias y ciudades. En las colonias españolas de América, un corregidor era a menudo llamado alcalde mayor.







LAS RESISTENCIAS DEL SUR

En el transcurso de los siglos XVII y XVIII, las etnias Caribe nuevamente se articularon y buscaron aliados entre otros europeos, como los franceses de las Antillas y los holandeses del río Esequibo, de quienes obtuvieron hierro y armas de fuego. Lo que al principio parecía una guerra de guerrillas, en unas décadas se convirtió en un gran eje de resistencia que impidió la conquista armada de toda la cuenca del Orinoco. En una primera vista, las pequeñas comunidades cooperaron entre sí para programar fugas, comercio y hacer ataques puntuales a los enclaves de los españoles. Aunque las comunidades eran pequeñas, en momentos de grandes ataques los grupos reducidos de veinte o treinta personas se convertían en armadas de cientos de indígenas provistos de macanas, arcos, flechas, lanzas, hachas y mosquetes; que navegaban en curiaras, en las que había hasta cuarenta personas y que podían cubrir distancias como la que hay desde el Alto Orinoco hasta Puerto Rico y el río Esequibo.

Hacia finales del siglo XVIII, la nueva forma de conquista cultural y territorial había permitido a los españoles establecer enclaves en regiones como los Llanos del Orinoco y Guayana. Sin embargo, esto no garantizó la dominación definitiva de las poblaciones que habitaban ciertas regiones. En Oriente, los kariña mantenían relaciones estrechas con las poblaciones Caribes del sur del Orinoco, como los yekwana, quienes frustraron los intentos por colonizar la Amazonía.

Una de las formas más efectivas de oponerse a los sistemas de explotación de mano de obra y de homogeneización cultural, representados por las misiones, las encomiendas, las plantaciones, los hatos y las minas, fue «la fuga», el escape de los espacios controlados por el capitalismo colonial de origen europeo. Para llevar a cabo las fugas, era necesario tener un conocimiento exhaustivo del territorio que circundaba esos espacios de control, al mismo tiempo que era fundamental estar inserto en redes subalternas de resistencia al orden colonial. Un ejemplo de esta forma de subversión fue el de los chaima del golfo de Paria, durante los siglos XVII y XVIII. Este pueblo indígena tenía sus asentamientos originarios en la Sierra

de Turimiquire, también conocida como El Guácharo. Debido a las condiciones geográficas y a la sólida organización de los chaima, esta región se había mantenido al margen de los distintos intentos de conquista desde el siglo XVI. En el siglo XVII, el panorama comenzó a cambiar debido a la introducción de las misiones como espacios de adoctrinamiento religioso e ideológico, dirigidos a la supresión cultural, como única vía que garantizaba la explotación de la mano de obra indígena.

En respuesta a este intento de imposición, los chaima organizaron una red de cooperación con los paria, para que estos últimos los recibiesen en sus comunidades, ubicadas en la costa del Golfo Triste. En estos sitios, organizaron lo que los españoles llamaban «cimarroneras», que eran lugares explícitamente creados para la recepción de los fugitivos y para su reorganización fuera del control capitalista. Además, estaba la articulación con otros pueblos indígenas –como los warao, quienes tenían sus comunidades en el Delta del Orinoco y en la costa del Golfo– por medio del comercio, el intercambio de parientes y, no menos importante, la alianza para la guerra contra los españoles.

A partir de la organización de las cimarroneras y la articulación con otros pueblos, desde los sitios de refugio se incitaba y se apoyaba la fuga de los indígenas que aún estaban bajo el orden opresivo de las misiones. Este sistema de alianzas llegó a tal punto que los misioneros, ayudados por las tropas coloniales, trataron de romper la comunicación entre las cimarroneras, algo que no pudieron lograr. La organización de las fugas pudo configurar un conjunto de redes que iban desde las regiones controladas por los españoles hasta la costa del Golfo. Además, sumado a las alianzas entre indígenas, estaban las alianzas que se hacían con otros europeos, como los franceses de las Antillas Menores, quienes ya tenían tratos estrechos con los paria. De ellos, se obtenían herramientas y armas de fuego, las que eran usadas para defenderse y atacar los enclaves coloniales de los hispanos. Estos ataques subversivos se hicieron cada vez más constantes, sin que los españoles fueran capaces de subyugar a los indígenas rebeldes.

De este modo, en el golfo de Paria se estructuró toda un área geopolítica subalterna de resistencia al orden colonial, que fue el referente de otras comunidades que buscaban escapar del control ideológico de la explotación de la mano de obra. Las fugas comenzaron desde la década de 1680, y los misioneros capuchinos no pudieron entrar a las cimarroneras hasta la década de 1730. Esto sólo lo pudieron hacer mediante negociaciones y no por la represión armada. Estos cincuenta años de éxito de la resistencia dieron como resultado que los españoles tuviesen que ceder a las condiciones que los mismos indígenas establecieron.

Sin embargo, a finales del siglo XVIII, los españoles lograron desarticular gran parte de las redes de resistencia por medio del aparato ideológico de las misiones. Con las armas y los grandes ejércitos, estos pueblos indígenas no pudieron ser sometidos. Sólo la ideología del capitalismo y de la Iglesia pudo hacer lo que la fuerza no fue capaz. Esto debe servirnos de lección para entender la importancia de nuestra identidad y de nuestra cultura como el pilar principal de nuestra unidad contra los grandes imperios.

LAS QUIRIPAS DEL ORINOCO

La ideología del capitalismo ha hecho creer que no es posible pensar en formas económicas fuera del espectro de las economías controladas por el imperialismo global. Según los discursos de dominación, cualquier tipo de transacción o de prácticas de intercambio que no usen como referencia los valores de cambio capitalistas tienen que ser vistas como signos de atraso y de estancamiento, condenadas a la desaparición para dar paso a la nueva economía hegemónica. En el caso de los pueblos indígenas que han habitado y habitan nuestro continente, se les ha querido imponer la imagen de sociedades atrasadas, sin ningún tipo de organización política y económica, de quienes no hay nada que aprender. Sin embargo, contrariamente a lo establecido por las visiones de mundo construidas por las élites, los pueblos indígenas de Sudamérica tuvieron sus

propios sistemas económicos con sus propias maneras de practicar las transacciones y el uso de monedas. Más aún, estas economías y monedas indígenas llegaron al punto de ser capaces de responder y de contrarrestar el avance del capitalismo colonial.

Durante la época colonial, los Arawak achagua de los llanos occidentales mantuvieron contactos con otras poblaciones Arawak del Alto Orinoco. De este modo, las regiones fronterizas del orden colonial fueron el centro de una superposición entre el orden político impuesto por los invasores y las grandes áreas geopolíticas que no fueron conquistadas. Desde estas últimas, se crearon referentes de cohesión subalterna y de construcción de identidades que permitieron la continuación histórica de las poblaciones indígenas que vivían estos mundos contradictorios.

Un ejemplo histórico es el de las monedas indígenas llamadas quiripas, que eran pequeñas cuentas de caracol en forma de disco. A principios de la época colonial, también se les llamó «quitero» (especialmente en el Occidente de Venezuela) o cuentas, piedras, abalorios y cháquiras, que fueron otros nombres usados por los europeos. Estas cuentas de caracol fueron manufacturadas y comercializadas por diversos pueblos entre los que estuvieron los achaguas, barimagoto, caberre, caribes, guahibo, maiba, parmiagoto, tivitive, otomaco y yaruro.

La quiripa fue originalmente hecha con el filo del caracol de agua llamado «nemu» o «memu». Después, con el aumento de la demanda, se usó el caracol completo. A partir del siglo XVII, los caracoles fueron vendidos junto con plata. Estas cuentas de caracol tuvieron una amplia distribución a lo largo de la cuenca del Orinoco, y los pueblos de esta área las usaron y las comercializaron a través de redes extensivas de intercambio que conectaron regiones como los llanos orientales de Colombia, Trinidad y las Guyanas. Las cuentas de caracol circularon en una compleja red comercial que unificó las diferentes sociedades indígenas asentadas en medios ambientes tan heterogéneos como Los Andes y los llanos del orinoco. Éstas llegaron a ser un recurso cultural que permitió a estas

sociedades responder ante el avance de las redes comerciales del sistema mundial capitalista.

En tiempos precolombinos, las cuentas de caracol habían sido usadas como adornos, marcas de status y monedas. En muchos casos, fueron las principales marcas de las élites indígenas. Su valor de cambio estuvo asociado a un valor de uso en las esferas ceremoniales indígenas, lo que cambió con la introducción de la lógica capitalista, para convertirse en objetos con valor de cambio similares a las monedas occidentales.



En la producción y el comercio de las quiripas, el pueblo indígena achagua jugó un papel preponderante, pues fueron los intermediarios entre los indígenas muisca, habitantes de la actual Bogotá, y los indígenas de Los Llanos. En esta respuesta a las redes capitalistas, entre el pueblo indígena achagua llegó a haber artesanos y mercaderes especializados en la producción y comercio de la quiripa, a la que le dieron el nombre de *chucuchucu*. Además de las que producían, ellos obtenían cuentas de otros pueblos indígenas, a cambio de productos agrícolas, para usarlas tanto en ceremonias como en la obtención de productos de hierro y armas de fuego de los Caribes, quienes a su vez comerciaban con los holandeses del río Esequibo.

A finales del siglo XVII, las quiripas fueron consideradas una de las mercancías más importantes entre indígenas y europeos. De hecho, dado que la región del Orinoco estaba lejos de las ciudades fundadas y controladas por los colonizadores, los españoles que circulaban en ella tenían poco acceso a las monedas legitimadas por la economía colonialista, especialmente las monedas de baja denominación, necesarias para las transacciones en los ámbitos locales. La producción de monedas se restringía a las grandes colonias de México y Perú, mientras que en la región de la actual Venezuela las monedas tenían que ser importadas y, en muchos casos, una vez que llegaban eran reenviadas a otras colonias. Dada esta situación de escasez, los colonizadores trataron de suplir la ausencia de monedas usando objetos de oro, cacao y perlas, pero los más pobres tuvieron que optar por tratar de obtener las cuentas de caracol indígenas como una forma de suplir esta ausencia. Como consecuencia, la producción de quiripas aumentó debido a la demanda de nuevas transacciones diarias.

El comercio de las quiripas también estuvo en manos de los otomacos, otra etnia con gran presencia en el Orinoco, quienes tuvieron una organización política que incluía grandes líderes, división del trabajo y ceremonias públicas como el «juego de pelota». Entre ellos, la quiripa fue un símbolo de poder y de estatus, como fue el caso del poderoso cacique Tavacare, quien vivió a mediados del siglo XVII y que llevaba adornos de quiripa en su cuello y sus brazos. Este pueblo

indígena tuvo un importante centro de producción y comercio de quiripas en el sitio de la Uruana, que fue el lugar de encuentro de las poblaciones de todos Los Llanos, las cuales iban en búsqueda de estas cuentas de caracol. Los otomacos innovaron en las técnicas de producción de la quiripa, al introducir nuevas materias primas, como caracoles marinos y plata, y con la introducción de nuevas técnicas, como las herramientas de metal, además de que introdujeron el uso de cuentas de vidrio.

La importancia de las quiripas en el Orinoco llegó a tal punto que en Los Llanos cada una de ellas alcanzó un valor de 2 reales de plata, y en los nacientes enclaves coloniales de Santo Tomé de Guayana y de Trinidad, costaba 4 y 8 reales, respectivamente. De esta manera, en el presente es posible pensar y practicar organizaciones económicas y formas de intercambio alternas a lo impuesto por el gran capital, pues junto a los espacios de producción contrahegemónicos es posible la creación de economías revolucionarias y de resistencia al imperialismo, como en el pasado lo hicieran los achagua y los Caribes del Orinoco.

LOS EJES DE RESISTENCIA A FINALES DE LA ÉPOCA COLONIAL

Con estos ejemplos históricos se pueden ilustrar de qué manera es posible resistir ante la avanzada colonialista y capitalista por medio de la creación y conservación de marcos sociales de referencia alternos y ajenos a este orden hegemónico. Estos referentes estaban en la gran inmensidad de comunidades y etnias enteras que no habían sido colonizadas. Así, a principios del siglo XIX, la geografía política de la Capitanía General de Venezuela presentaba una gran contradicción entre lo que las oligarquías pensaban que era el territorio controlado por ellos y el que realmente controlaban. A lo largo de Los Andes y de la costa, durante tres siglos se había logrado establecer una serie de espacios creados y controlados por la Corona y por la Iglesia, que formaban los ejes de ciudades que iban desde San Cristóbal y Maracaibo, pasando por Valencia y Caracas, hasta llegar a Barcelona y Cumaná,

asociados con grandes extensiones de haciendas, hatos, pueblos de doctrinas y villas de españoles.

Desde estos ejes se crearon las áreas geopolíticas controladas por la condición colonial. Sin embargo, en la realidad, tal control contrastaba con la resistencia étnica y cultural creada tanto a lo interno como a lo externo de estos ejes geopolíticos. Gran parte de las zonas más «remotas» de la Guajira, Los Andes y las montañas de la costa estaban habitadas por fugitivos del orden colonial, tanto afrodescendientes cimarrones como indígenas, que lograron sobrevivir a la embestida colonial. Por otra parte, las grandes extensiones territoriales de Los Llanos, el Orinoco, la Costa Oriental, Guayana y la Amazonía apenas si se aproximaban a los proyectos de conquista impulsados por los ganaderos y los misioneros.

En estas grandes regiones se había creado, a lo largo de tres siglos, una conciencia de resistencia y de subversión que iba nutriendo a las poblaciones que habitaban a las misiones. A su vez, éstos también fueron un referente de resistencia para otros grupos sociales (afrodescendientes, pardos, blancos pobres, etc.), con quienes ya habían formado una identidad común. A pesar de las diferencias entre ellos, después de tres siglos estaba claro que las oligarquías criollas y peninsulares representaban al grupo dominante que los oprimía por igual. Hacia principios del siglo XIX, las revueltas, las fugas y las sublevaciones armadas eran cada vez más evidentes, y demostraban que el orden impuesto desde las ideologías colonialistas y racistas, que durante tantos años estuvieron disfrazadas de cristiandad y civilización, estaba comenzado a tambalearse. En efecto, no pasaría mucho tiempo antes de que estallara una revolución sin precedentes históricos.

INDÍGENAS EN EL EJÉRCITO LIBERTADOR

En el proceso de transformación que actualmente vive Venezuela, la construcción del Poder Popular ha sido una característica innovadora en las formas de pensar y de actuar, para abrir el camino

del allanamiento de estas estructuras de poder por parte de los sectores históricamente excluidos. De esta manera, se ha abierto la puerta para contrarrestar al Estado liberal, ideado en función del bienestar de las clases pudientes y, al mismo tiempo, organizado de modo que fuera de ellas, la mayoría de la población no tenga ninguna participación más allá de las coyunturas electorales.

Contrariamente a los intereses de la burguesía, la construcción del Poder Popular busca crear estructuras donde la mayoría de la población participe en la dirección de las funciones del Estado de forma constante e ininterrumpida, y siguiendo cursos de acción correspondientes con una mayor amplitud de realidades sociales. Por esta vía, se abre la posibilidad real de que el poder se forme desde abajo, desde la bases, y que, por lo tanto, la estructura del Estado opere según las necesidades, ideales y visiones de mundo de las mayorías, y no solamente en función de lo que impone la minoría burguesa.

Dado lo inédito de un proyecto de transformación social como éste, vale la pena hurgar en el pasado para poder darle un nuevo sentido al presente y que se proyecte, a la vez, un nuevo ideal de futuro. Más que buscar ejemplos en un pasado que se piensa desvinculado de la realidad actual, se trata de tener conciencia de la amplitud de los procesos de dominación y de lo trascendente de los procesos de resistencia y de innovación, independientemente de que se crea que el alcance de estos proyectos sólo impacten en las esferas de comunidades específicas, las regiones del interior o a todo el país. Muy por el contrario, mientras más locales y sectorizados son los proyectos relacionados con la construcción del Poder Popular, más necesario es el trabajo coordinado con las realidades de otras localidades, a fin de construir redes alternas a aquellas controladas por la dominación capitalista neocolonial.

Lo novedoso de la construcción del Poder Popular no puede hacer creer que no se pueden encontrar ejemplos históricos en los que se hayan reproducido situaciones similares a las actuales. Aun cuando el allanamiento de las estructuras del Estado por parte de los sectores sociales históricamente excluidos es un proyecto

innovador e inédito en la experiencia política venezolana, como respuesta y confrontación con el gran macro poder imperial y capitalista, tiene muchos precedentes en la historia.

En el presente, Venezuela vive un proceso de subversión en contra de las estructuras dominantes en el sistema global, controlado por las grandes transnacionales y los países más poderosos del hemisferio norte. En nuestro país, la construcción de un Estado subordinado a las voluntades de las mayorías se subvierte en contra de un orden hegemónico que comenzó a formarse hace más de cinco siglos. Una de las principales características de este orden es que parte del principio de que es la única forma posible de organizar la vida, y de que el mundo entero no tiene otra opción que adaptarse a estas condiciones preestablecidas e impuestas por las élites del norte y las clases dominantes del resto del mundo.



El proyecto de construcción de un Estado socialista tiene como base y sustento principal la organización popular, cristalizada y explícita con las comunas. Estos espacios de cohesión local y de cooperación son al capitalismo y al imperialismo contemporáneo lo que fueron las alianzas de los cumanagotos al colonialismo temprano. Se trata de un largo proceso que lleva más de cinco siglos y que sólo ha cambiado en su forma externa, pero que aún mantiene su esencia. Hoy más que nunca, la reciprocidad, la solidaridad, la cooperación y las alianzas son necesarias para consolidar nuestra liberación definitiva ante el dominio capitalista que se tambalea cada vez más. Sólo se trata de impulsar este proceso y así lograr la utopía de la independencia y la descolonización que nos lleven a la construcción del sueño de un país socialista.

Más de quinientos años después del inicio de la imposición del colonialismo y el capitalismo sobre nuestro continente, la organización de nuestras comunidades alrededor de los consejos comunales y de las comunas, ambos dirigidos al fortalecimiento de las economías locales y con un ejercicio del poder desde las necesidades de las propias comunidades. Esta autonomía está en equilibrio con la interdependencia con otras comunidades, lo que se extiende hacia el territorio nacional en general y hacia el resto de los pueblos de la América Latina. Así, el desarrollo endógeno no implica aislamiento, sino que, por el contrario, necesita de la colaboración entre colectivos, de una manera que cohesione grandes redes horizontales articuladas por intereses comunes, al mismo tiempo en que se respeten las particularidades de cada uno. Esto contrasta con la llamada globalización capitalista, que impone la unidad según un único modelo político y cultural y con un único centro global. Para crear un mundo multipolar, es fundamental comenzar desde nuestras comunidades, resaltar sus propias características y crear grandes sistemas de interdependencia para que, de la misma manera en que lo hicieron nuestros hermanos Caribes, logremos resistir a las nuevas embestidas del colonialismo, el capitalismo y el imperialismo.

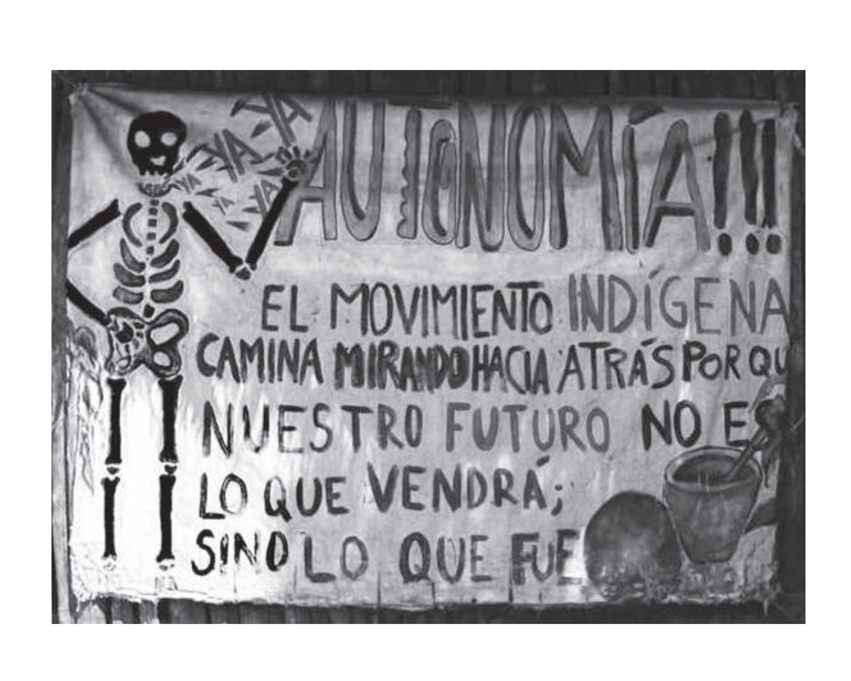
Paradójicamente, los defensores del neoliberalismo insisten en que no hay alternativas a este orden económico y político, y que cualquier intento de disidencia está fuera del rango de lo posible. Sin embargo, las experiencias históricas de los pueblos indígenas muestran que no sólo es posible mantenerse fuera de la dominación capitalista, sino que desde esa exterioridad se puede arremeter contra ese orden, al mismo tiempo que incitar a otros a que tomen la misma iniciativa libertaria. Al ubicarse fuera del capitalismo, crear un orden diferente, buscar nuevas alianzas con otros pueblos que resisten y con otros centros geopolíticos, se sientan las bases para subversiones cada vez mayores.

EN EL PRESENTE LA LUCHA CONTINÚA

Este escenario muestra cómo, al iniciarse los movimientos emancipadores en el interior de la clase mantuana, en el universo cultural y político de las poblaciones indígenas ya había una larga historia de lucha por la autonomía. Para las poblaciones indígenas de estas tierras, la gesta emancipadora fue la continuación de las luchas que ellos habían librado desde tres siglos atrás. La Guerra de Independencia fue para los pueblos originarios una confrontación tan cruenta y sangrienta como lo habían sido las luchas de resistencia activa contra la imposición del orden colonial, pero esta vez se presentaba en el horizonte la posibilidad de construir un nuevo Estado, en el que ellos tendrían un lugar distinto al impuesto por la opresión colonial. Las técnicas de combate que superaban en movilidad y agilidad a los rígidos ejércitos europeos, combinadas con el conocimiento exhaustivo de las tierras de la contienda, permitieron a los pueblos originarios ser la punta de lanza de muchos eventos de la revolución.

Esta participación se evidenció en eventos concretos como la del cacique Chaima Guanaguanay en la defensa de Maturín en 1813, o en las tropas de indígenas mucuchíes que acompañaron a Ribas, Urdaneta y Campo Elías en la batalla de Niquitao, también en 1813. Así, tanto individuos cuyos nombres se pueden recordar

como colectivos anónimos decidieron victorias como la del batallón de kariñas del Pao, Uverito y otras comunidades de la Mesa de Guanipa, comandados por Rafael Rodríguez *Cabezae Gato*, para cruzar el Caura y dar la batalla de Borbón en la liberación del Orinoco en diciembre de 1816. Actos heroicos como el del guayquerí Francisco Adrián, quien el 8 de agosto de 1817 voló en Juan Griego en defensa contra las tropas de Morillo en la Batalla del Fuerte, fueron acompañados de la fusión de grandes contingentes como el de los mapoyo que junto a los llaneros de Páez en enero de 1818 derrotaron a los realistas en la «batalla del Parguaza». Tales actos, que demuestran la confianza en una nueva república de igualdad entre culturas, hacen que nuestros hermanos indígenas sean acreedores de una deuda que aún está por pagar.


YA YA YA YA YA
¡AUTONOMÍA!!!
EL MOVIMIENTO INDÍGENA
CAMINA MIRANDO HACIA ATRÁS POR QU
NUESTRO FUTURO NO E
LO QUE VENDRÁ;
SINO LO QUE FUE



BIBLIOGRAFÍA

Acosta Saignes, Miguel, *Estudios de etnología antigua de Venezuela*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1961.

Cañizales Guédez, Emigdio, *El indio en la Guerra de Independencia*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1993.

Civrieux, Marc, *Los Caribes y la conquista de la Guayana española. Etnohistoria Kariña*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1976.

—, «Los Cumanagoto y sus vecinos», Audrey Butt Colson (ed.), *Los Aborígenes de Venezuela. Etnología Antigua*, t. I, Caracas, Fundación La Salle de Ciencias Naturales, Instituto Caribe de Sociología y Antropología, 1980.

—, «Los Chaima del Guácharo», *Etnología del Oriente de Venezuela*, Caracas, Banco Central de Venezuela, 1998.

Gassón, Rafael, «Quiripas and mostacillas: the evolution of shell beads as a medium of exchange in Northern South America», *Ethnohistory* 47 / 3-4 (2000), pp. 581-610.

Izard, Miquel, *El miedo a la Revolución. La lucha por la libertad en Venezuela* (1777-1830), Madrid, Tecnos, 1979.

—, «Ni cuatreros, ni montoneros, llaneros», *Boletín Americanista* 31 (1981), pp. 83-142.

Morales, Filadelfo, *Los hombres del onoto y la macana*, Caracas, Fondo Editorial Tropykos, 1990.

Prato-Perelli, Antoinette, *Las encomiendas de Nueva Andalucía en el siglo XVII*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1990.

Tiapa, Francisco, *Identidad y resistencia indígena en la conquista y colonización del Oriente de Venezuela*, 1498-1810, 2 tomos, tesis de grado, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2004.

—, «Los sistemas interétnicos del Oriente de Venezuela y el Bajo Orinoco durante la época colonial (1498-1810)», Lino Meneses Pachecho, Gladys Gordones y Jacqueline Clarac de Briceño (eds.), *Lecturas antropológicas de Venezuela*, Mérida, Universidad de Los Andes, 2007a.

—, «Los usos políticos del agua en la frontera indígena de Píritu durante la época colonial», *Gazeta de Antropología* 23 (2007b), texto 23-17.

—, «Los conflictos de cacicazgo entre los Chaima de San Félix Cantalicio de Ropopán durante el siglo XVIII», *Boletín Antropológico* 69 (2007c).

—, «Las relaciones interétnicas entre los Warao de la frontera Noroccidental del Delta del Orinoco durante la época colonial», *Trocadero. Revista de Historia Moderna y Contemporánea* 19 (2007d), pp. 215-228.

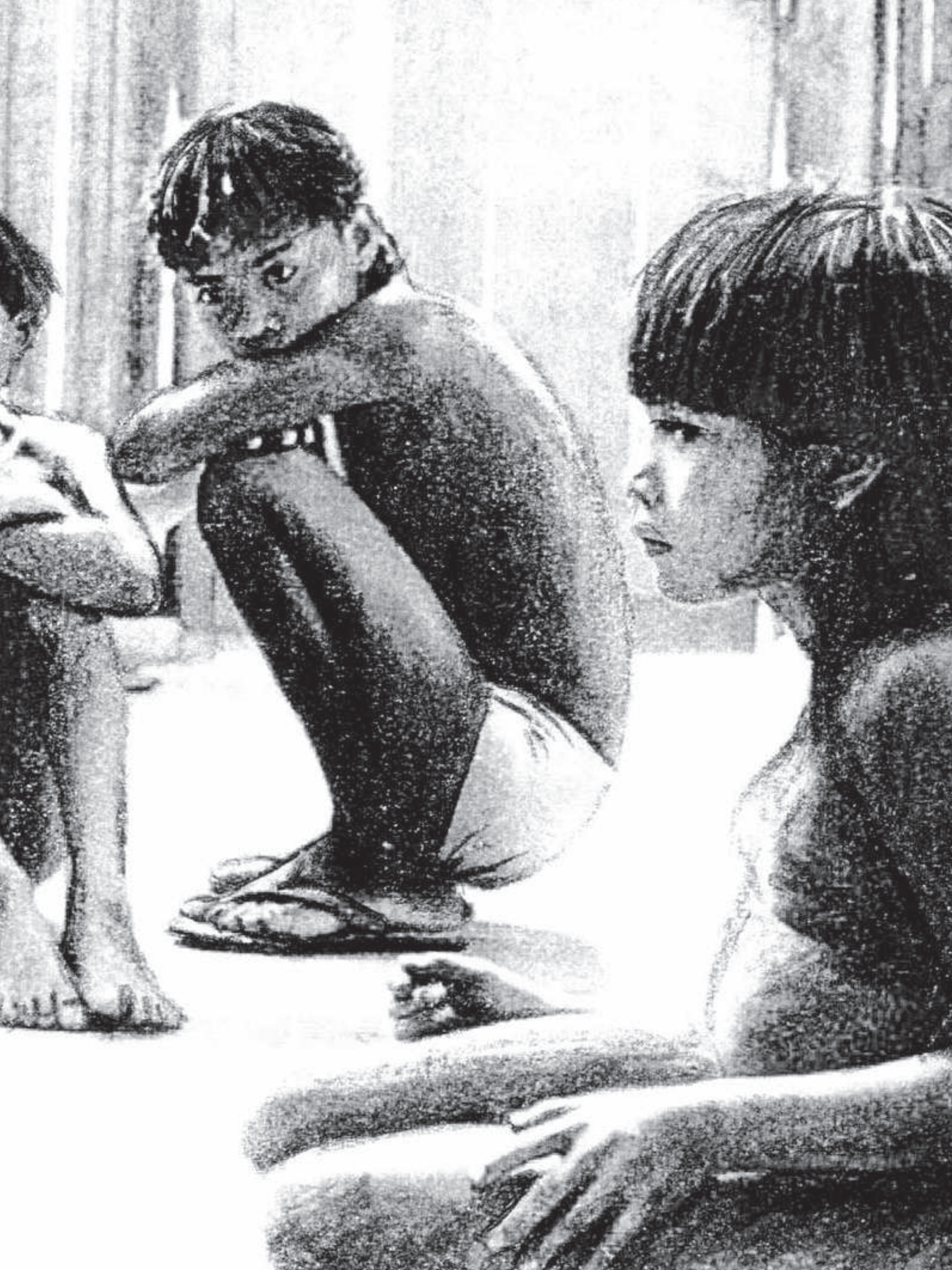
—, «Resistencia indígena e identidades fronterizas en la colonización del Oriente de Venezuela, siglos XVI-XVIII», *Antropológica* 109 (2008a), pp. 69-112.

—, «Antropología, historia colonial y descolonización del pasado», *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* 8 (2008b), pp. 13-30.

—, «Ecología histórica de los Kari'ña de los Llanos orientales del río Orinoco durante la época colonial», *Antropológica* 113, 2010.

Whitehead, Neil, *Lords of the tiger spirit. A History of the Caribs in Colonial Venezuela and Guyana.* 1498-1820, Dordhrecht / Leiden, Royal Institute of Linguistics and Anthropology, Caribbean Studies Series, 1988.







ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN JULIO DE 2014, con un tiraje de 5.000 ejemplares.
Tipografías utilizadas: League Gothic - Regular, Knockout y Proforma - Book / Italic